

tes de invasión; mas el apuro para el pienso del caballo en pais nuevo y donde no cabia el llevarlo todo consigo habia disminuido sobremanera, en su marcha de los meses anteriores por ambas Aquitanias, la caballería de Abd el Rhaman. Rebosaban tambien de riquezas relajadoras de la disciplina y quebrantadoras tal vez de los ánimos. Esmerábase hacia algun tiempo Abd el Rhaman en acrecer y enfervorizar con la religion aquella muchedumbre, en la cual habia hombres, y con especialidad los hereberes, recién convertidos al islamismo. Tanto él como los demás caudillos del ejército, casi todos árabes de sangre, acalorados creyentes, estaban viendo con pesar el enfado y la tibieza con que los soldados del apóstol de Dios acudian al desempeño de sus obligaciones religiosas, las mismas que cumplian enamoradamente los primeros soldados del profeta, al marchar á la conquista del orbe. El afan harto ansioso de los logros terrestres se solia barajar á las claras entre los fieles con la resignacion entrañable y el rendimiento absoluto que está mandando Mahoma.

En cuanto se conceptua por las relaciones contemporáneas, y ante todo por las de tantos ingenios de aquella nacion conquistadora, al presenciar la hueste enemiga absolutamente desconocida, asaltó á la musulmana una zozobra desusada; y quizás aquella congoja mortal que causa en los temperamentos meridionales á los asomos del invierno motivaria semejante estrañeza á unos guerreros rebosantes de regocijo al primer eco de pelea. Descolló sin embargo su genial pujanza. Por espacio de seis dias permanecieron ambos ejércitos contrapuestos, tomaron, dejaron, recobraron sus posiciones en las tendidas llanadas que median entre Turs y Poitiers. Por fin se detienen los francos; cúbrese de tiendas árabes la campiña de enfrente, y unos y otros se muestran como retraidos del trance de la pelea, hasta que el sétimo ú octavo dia, Abd el Rhaman se arroja á trabar la batalla. Hecha la plegaria, cada caudillo de tribu va enardeciendo á los suyos, recordándoles los pasos del Alcoran donde rebosaba el denuedo arrollador del profeta, y los ballesteros hereberes son los que entablan y formalizan la refriega. Era un sábado del mes de octubre de 752. Escuadrónada la gente del Norte, dice un historiador, ofrece allá como un valladar encrespado con puntas de hierro, y ni flecha ni arrojadiza alguna le causa la mas leve mella. Disparado y gallardo es el avance de los árabes, mas no conmueve aquella faja larguísima que van formando por la llanura el pecho y el hierro de los austrasios, es-

trellándose allí en vano los ginetes árabes, recibéndolos por toda la línea á pié firme y peleando con sus filas intactas; y siguió así el trance con pérdida igual hasta la noche.

Revive al amanecer la refriega, y los caudillos árabes, desesperados con la resistencia de la víspera, embisten para zanjarla con redoblada saña. El mismo Adb el Rhaman se abalanza allá con todo el raudal de su caballería sobre la línea incontrastable de los austrasios, y logra por fin aportillarla. Irresistible es el ímpetu, y acarrea una lid general, peleando ya cuerpo á cuerpo, y acuchillando mas y mas los membrudos soldados del Norte á los exhaustos árabes. El brio sarraceno y el dentado personal de su caudillo siguen sin embargo sosteniendo el trance desigual como hasta la cuarta de la tarde.

Suena de repente alboroto por las tiendas de los árabes, y eran las tropas del duque de Aquitania que acababan de asaltarlas. Sobresaltados todos con el saqueo de las preciosidades que estaban allí atesoradas, acude parte del ejército, desprendiéndose de la refriega, á la defensa del campamento. Trastórnaronse las filas de los árabes con aquel retroceso. En vano Abd el Rhaman se desvive con el afan de restablecer el equilibrio, galopando acá y acullá y apersonándose denodadamente á lo mas recio de la pelea. Lo arrollan y vuelcan á lanzadas brazos innumerables á los asomos ya de la noche. Fenece con él la resistencia de los árabes, quienes desamparando resueltamente el sitio, logran tan solo evitar una derrota rematada con la lobreguez absolutamente cerrada de la noche. Nos retrata Isidoro el descontento de los austrasios por la suspensión de su victoria, blandiendo despechadamente los estoques, y dejando muy á su pesar para la madrugada la renovacion de la refriega, pues ansiaban salir al golpe de la zozobra que aun los valientes abrigan en el pecho y que no llega por fin á aventarse hasta que los batallones enemigos huyen á carrera ó yacen por la llanura.

Salen al amanecer los austrasios de su campamento; aparecen las tiendas de los árabes en su mismo sitio; nada se oye, ni hay centinela que guarde la intermediacion; bonanza, silencio; el campamento yace tan mudo como la llanura toda. Atónitos con aquella novedad inesperada, se adelantan cautelosamente los austrasios, siempre recelosos de alguna sorpresa enemiga. Se internan batidores, y luego se enteran de que allá las tropas todas de los ismaelitas se han puesto en fuga, y durante la noche sigilosamente han tomado la vuelta

de su patria (1). Los europeos, añade Isidoro, con su zozobra de alguna asechanza por los alrededores lo van escudriñando todo, con asombro; mas luego sin seguir el alcance, se reparten los despojos y se vuelven infanos á sus hogares.

A esto se redujo aquella memorable batalla de Poitiers, donde talvez el imperio de Occidente se puso en salvo de la religion y señorío árabe. Hacía ciento y catorce años (2) que Mahoma habia dejado fugitivamente la Meca con algunos discipulos, y en tan breve intermedio habian sus ardientes secuaces desembocado sobre las campiñas mas amenas de la Francia y á igual distancia del Oder y del Tiber.

Dice otra relacion que los cristianos fueron por varios dias continuando la victoria, y precisaron redobladamente la pelea, acosando á los contrarios con suma pérdida hasta los muros de Narbona, donde se metieron aquellas escasas reliquias de la derrotada hueste, y á donde el rey de los francos (llamando así al mayordomo de palacio Carlos) acudió á sitiarnos. Encarece tambien aquella relacion la resistencia porfiada que opusieron al general austrasio, y refiere que tuvo al cabo que levantar el sitio y retirarse con gran pérdida al interior de su reino. Pero el contemporáneo Isidoro de Bejar, acorde con todos los cronistas cristianos, es en esta parte mas creíble, y parece que el autor citado haraja anticipadamente el tiempo en que Carlos Martel sitió positivamente á Narbona. Cúpole por su desempeño en la batalla el sobrenombre de Martel ó Martillo, «por cuanto, dice la crónica de san Dionisio, como los martillos quebrantan y destrozan el hierro y los demás metales, así destrozaba él y estrellaba por la batalla á todos sus enemigos y á todas las naciones (3).» Pero dicha crónica es respectivamente moderna, y aquel apellido de Martillo no asoma hasta como dos siglos despues de aquel trance, y entonces suena históricamente como inseparable del vencedor de Abd el Rahman.

Fué la derrota de Poitiers el finiquito del progreso de los árabes por el Occidente; así como fué tambien el trance afianzador de la soberanía de las Galias para la alcurnia austrasia. Redondeó igualmente la caída de la casa real de Clodoveo, y así

...

(1) Isid. Pac., Chr., c. 59.

(2) Condé por equivocacion coloca esta batalla en el año ciento y quince de la egira.

(3) Cron. de San Dionisio (Historiadores de las Galias del Padre Bouquet, t. III, p. 340).

vino á enquistarse el imperio franco-germánico del Ocaso, floreciendo en él encumbradamente. Entre el solio y los herederos de Pepino de Herestall, ya no media mas que un paso, y Pepino el Corto va á darlo.

Noticioso el gobernador de Africa de aquella derrota y de la muerte de Abd el Rahman, nombró á Abd el Melek ben Kotan el Fehri, emir del ejército de España, y al revalidar su eleccion, le encargó que vengase la sangre musulmana. Acude Abd el Melek inmediatamente á España, donde el fracaso de la Galia tenia los ánimos despavoridos; desacobarda á los creyentes, los enardece con palabras propias del Alcoran, y los estrecha para que se adelanten al resguardo de las provincias amagadas allende el Pirineo. Se van planteando cuerpos enteros y tramontan las cumbres capitaneados por caudillos rezagados en España; mas no se encarga Abd el Melek del mando, y le acriminan el haber hecho redundar en provecho propio los desórdenes de aquella temporada. Parece que el motivo verdadero de su detencion en Córdoba era el desorden de la administracion interior, desatendida y casi entregada al saqueo desde la partida de Abd el Rahman; mas la órden repetida y terminante del califa para renovar la guerra contra el Frandjat le precisó por fin á salir de Córdoba y trasponer el Pirineo.

Se envalentonaron por todas partes los cristianos con el descalabro de los árabes en Poitiers, y acudieron á las armas gentes de entrambas faldas del Pirineo. Llegado Abd el Melek á los desfiladeros del vertiente septentrional, y sobrecogido con la estacion de las lluvias, se vió repentinamente asaltado por los cristianos que los estaban acechando en el tránsito; y tras haber dejado porcion de su hueste en la contienda, tuvo que cejar y volverse á España. Considerable fué la pérdida de Abd el Melek, al decir de los autores arábigos, mas no puntualizan el parage del Pirineo donde padeció el descalabro. Es probable que se encaminase á la Aquitania mas bien que á la Septimania, subordinada todavia, y aun despues de la batalla de Poitiers, á las armas musulmanas, siguiendo á corta diferencia el camino mismo de Abd el Rahman. Los montaraces Bigorranos, *hirsuti*, *pelleti*, como los llama el poeta (4), fueron quizá los vencedores de Abd el Melek en aquella ocasion, y aun tal vez les sobrevino el descalabro en aquella misma llanura de la Ana Murina (*Dynas de los moros*), donde, según la tradicion

(4) Ausonio escribiendo á Paulino.

del país, quedaron destrozados los sarracenos, y donde se ven fragmentos de armas, hachas, flechas y porción de osamenta que están atreduciendo que fué sitio de gran matanza.

Este desmán vino á desconcepuar al emir con las tribus españolas y en términos que el walí superior del Africa lo apeó del mando, confiriéndoselo á su propio hermano Okbah-ben-el-Hedjadj-el-Seluli, quien se habia dado á conocer ya en Africa por su denuedo y su capacidad, durante la guerra de los bereberes. Todos le rendian parias en cuanto á pundonor y desinterés; pero amante adusto de la justicia y absolutamente inflexible, conservó su temple desde el primer desempeño de su cargo. Desde su llegada á Andalucía fué apeando de sus alcaldías á los caudillos tildados de crueldad ó de codicia; rebosaban las cárceles de reos por descamino de caudales públicos y por atropelladores arbitrarios ó á título de atrasos. La fealdad mas enorme para el concepto de Okbah era, en los dependientes del califa, el hacer odiosa su autoridad por interés ó por otra mira personal, mostrándose inexorable sobre este punto. Esmeróse en el ramo de administracion, fué estableciendo por las aldeas jueces ó cadíes, cuyas incumbencias venian á ser las de los actuales alcaldes que conservan el nombre arábigo; empadronó la poblacion de pueblos y campiñas, deslindó el reparto de tributos bajo una misma planta para todos, sin miramiento, dice uno de sus historiadores, con distinciones odiosas en su origen y su motivo, é injustas ya con el transcurso del tiempo, lo que parece significar que desapareció toda diferencia, en punto á impuestos, entre vencedores y vencidos. A este mismo es deudora la España de una institucion de policia interior, que, bajo diversos nombres, ha venido á mantenerse hasta nuestros dias, la de *Kaschefs* (ó descubridores, agregados á cada walí de provincia, y cuya incumbencia era, como lo espresa la palabra, descubrir y prender á los malhechores. Componian los kaschefs una tropa armada y permanente, costeada por el Estado y desempeñando puntalmente las funciones de los *cuadrilleros* de la Santa Hermandad y de los mozos de la escuadra ó miñones modernos. El autor arábigo dice que debian emplearse en acosar á los salteadores que andaban infestando á las provincias, y en refrenar las violencias y tropelías cometidas por los bárbaros en las campiñas y parajes desviados. Aqui esta voz de bárbaros parece que se refiere á los cristianos, que habian entablado ya sus correrías por las posesiones musulmanas, llevándolo todo á fuego y sangre. No era menos celoso Okbah por la justicia que por la

religion. Esta para los árabes era el manantial de la ciencia, y así establecian junto á cada mezquita una escuela. Los anales arábigos encarecen á Okbah por la fundacion de un crecido número de mezquitas y de escuelas, y dispuso, dicen, que hubiese junto á cada djema lectores y predicadores para enseñar el Islam al pueblo. Se requerian aquellos estatutos recios, aquellos conatos portentosos, para entablar la unidad religiosa y robustecer aquel vínculo, siempre dispuesto á estrellarse, en aquellas tribus inconexas, cuando no enemigas. Decantan los historiadores de la conquista la suma equidad de Okbah, afirmando ufanamente que hacia cuanto era justo. Habiendo conceptuado á Abd el Melek descargado de cuantos yerros se le achacaban, lo repuso en los cargos públicos y le confió el mando de la caballería por la raya del Norte, esto es la Baja Navarra y Aragon, señalándole Pamplona por punto central y móvil de sus operaciones.

No tenian sin embargo aun abandonados los intentos de conquista por el Noroeste de la Septimania, pues se conceptuaron remediabiles los descalabros, al pronto tan horrorosos. Estaba el califa siempre afanado tras la conquista de la Galia hasta el Rhin, y mediaba la política del califato de aquel empeño. Recibió pues Okbah la órden para marchar de nuevo contra el Frandjat y para desagraviarse de aquellos Franjís que tantos mártires habian hecho por las llanuras de Tolosa y de Poitiers, y mandó Okbah á los walís de la Septimania entablar un avance por el cauce del Ródano, mientras él se internase en Aquitania y el Oeste.

Hallábase en Zaragoza y en ademan ya de tomar el Pirineo; concentrando desde allí el rumbo de sus operaciones, cuando le llamaron repentinamente al Africa, por una rebelion de los bereberes en que peligraba la potestad del califa. Volvió Okbah, á marchas forzadas á Córdoba, bajó por el rio y pasó atropelladamente al Africa, llevando consigo un cuerpo selecto de ginetes que le estaban adictos (El año 119 de la egira, 737).

En obrando acordes y mancomunados con otro adalid, cual parece que pudiera serlo Okbah, habia en breve rehacerse de los descalabros de la Galia, mas carecian de aquel sistema y armonia aquellas tribus inconexas, llegadas de sus valles y aduares con traza, hábitos y costumbres peculiares que se preciaban de conservar, y con sus enconos y competencias que se desvivian por satisfacer. Inasequible se hacia allí aquel temple y concórdia, y fué rasgo brioso del islamismo el hermanar los ánimos, á lo menos en la creencia general. Era principalmente

el Africa el hervidero de tanta discordia, y el desfreno de los bereberes resistió porfiadamente á los árabes. Allá las aprehensiones musulmanas vinieron por fin á sobrepujar; mas nunca tuvo cabida el señorío forastero. Otro tanto sucedia en España. Las tribus africanas y sus quebrados, que se habian ido avecindando, estaban malhalladas con su yugo, manteniéndose siempre á la sordina desavenidas, y estallando á lo mejor con guerras declaradas donde se consumia su denuedo.

Sin embargo allá en globo y para el concepto de la Europa, todas aquellas tribus formaban una sola nacion de sarracenos, y por mas reñidas que fuesen sus desavenencias, para los ojos de todo franco de Austrasia ó de Neustria, y aun de todo galo-romano del centro, componian un solo cuerpo y enemigo formidable. Los galos-visigodos y los galos-romanos de la Septimania que estaban disfrutando la suavidad de su dominio, los de la Galia estrema meridional (Provenza), malhallados con el mando de los austrasios, propendian á ellos, y así por mas que les escaseasen los auxilios de España y de Africa, los que residian en la Septimania hallaron aliados aun entre los cristianos. Horrorizaba tanto el dominio de Cárlos el austrasio á las poblaciones intermedias de los Alpes y el Ródano, que algunos de sus caudillos, con especialidad un duque de los masilios, esto es, de los greco-romanos de la marina provenzal, desde Arlés á Nicea, ante viendo una nueva embestida del duque alemán, formaron, para contrarrestarle, una alianza con el gobernador árabe de Narbona, Yusuf Abd el Rahman.

Tenia Cárlos que dar desahogo á sus bárbaros, pues se hallaban muy estrechos y desazonados allende el Rhin; apetecian tierras, abadías y pueblos; y las pingües llanuras de la Galia meridional que habian ido talando y saqueando les remordian con sus recuerdos halagüeños. Territorio fértil y rico, abadías lujosas y ciudades romanas magnificas todavia, todo daba campo para trasformar aquellos bravíos en magnates, como ha sucedido. Atinado andaba su instinto. Su caudillo haria gran caudal del pretesto mas leve para entrometer la guerra en aquellos países y llegar por fin á señorearlos. Por desgracia se agolpaba sobre la espalda de los austrasios la retaguardia de la barbarie; sajones, frisones y venedos, todavia absolutamente paganos, germanos, de suyo tan batalladores como los austrasios, y que solian aquejarlos por la raya septentrional y oriental. Por tanto Cárlos quedaba á veces detenido contra su inclinacion por ásperas guerras, siempre infructuosas, por no desmoronar hacia el Norte su imperio, des-

entendiéndose de aquellos pueblos; y por mas propenso que se mostrase á la parte del Mediodia, tuvo repetidamente que enfrenar sus impulsos de conquistista, ó por lo menos de establecimiento. Soltaban solo la rienda á sus huestes en el intermedio de alborotos de sajones; pero estos breves claros le habian sido suficientes para aterrar con el eco de sus armas y de su nombre. Diremos sin rebozo que el abuelo de Carlomagno era tan odiado como temido, y lo fueron recibiendo los pueblos, no por afecto, sino por la superioridad de su gente de armas.

Sabe Cárlos en 734 las relaciones de Mauroncio con los árabes de Septimania. No se movian los sajones; marcha con una de aquellas huestes de germanos arrolladores de todo. Se descuelga del Norte por el cauce del Ródano, vuelca allá cuanto se le atraviesa, aventa la tropa de Mauroncio sin alcanzarlo, despoja iglesias y abadías para reintegrarse de los desembolsos de la guerra, é iba ya á entablar el reparto de las tierras entre sus leudes, cuando una nueva sublevacion de sajones lo llamó repentinamente al estremo de sus estados por el Norte.

No bien ceja del Mediodia, cuando los señores galo-romanos se coligan con los árabes de Septimania, entregándoles en prenda el peñon fortificado de Aviñon (la Roca de Aniun de los árabes). Por lo visto un conde de Arlés se habia desentendido de aquella liga, y Yusuf atraviesa el Ródano y sitia á Arlés. Refieren á los primeros meses del año 735 la toma y capitulacion de Arlés por Yusuf, sobre lo cual tan solo tenemos por otra parte especies abultadas ó dudosas. Se cree tambien que por aquel tiempo los árabes rindieron y saquearon á Usez, Viviez, Valencia, Viena, Lion y algunos otros pueblos, fuera de la raya de la Septimania.

Resuena aquella novedad por Austrasia, y Cárlos, aplacando las turbulencias que lo habian llamado, revuelve con su incansable gente de armas, va convocando francos y borgoñones, y acude atropelladamente hacia el Ródano. Veloz como siempre, arroja de Aviñon á los sarracenos, los vuelca de su ciudadela, y pasa toda la guarnicion á cuchillo. Tuerce sobre su derecha, entra en Septimania, trata como enemigas á cuantas ciudades encuentra al paso, y se adelanta á jornadas largas hasta Narbona, centro del poderío árabe por aquellos países; aquella plaza, abastecida y pertrechada de todo lo necesario para su defensa, aguanta un sitio conducido denodadamente por Cárlos Martel en persona, quien tenia que frascasar en su demanda.

Okbah entretanto llegado á Tanger se habia incorporado con los caudillos musulmanes, y celebran-

do consejo con ellos, marchó contra los bereberes, derrotó sus taifas y las aventó por los desiertos; de modo que antes de llegar los auxilios pedidos á Kairuan y á Barcah, quedaba ya terminada la guerra; mas aunque vencedor de los bereberes, no pudo Okbah regresar á España tan pronto como lo apetecía. Se recelaban nuevos alborotos en Africa, y tuvo que permanecer; mas enterado del sitio de Narbona, acudió á socorrerla desde la misma Africa y por el conducto del mar.

Ya se ha visto por la suma dificultad con que pasaron los árabes á España en 711, cuanto carecían de bajeles por aquellos puntos del Africa, á principios del siglo VIII; pero la precision de comunicarse entre sus diversos paises les habia llamado la atencion hácia aquel ramo, y por todas las costas marítimas, desde Barcelona á Cádiz, desde Jebal-Tarec á Tripoli, se habian ido estableciendo astilleros: operarios siriacos, egipcios y moros, traídos de Ascalon, de Gaza, de Alejandria y de Tripoli, se habian encargado de la construccion de crecido número de barcos para el tránsito de los conquistadores, y en pocos años se habian proporcionado los musulmanes por aquellas orillas una escuadra de hechura bárbara, pero que les facilitaba el mantenerse en el mar y comunicarse de una posesion á otra. Nunca sobresalieron los musulmanes, y menos los árabes en la marina; pero renegados y aventureros de Siria, de Egipto y de Mauritania suplían á su atraso en aquel punto. Por aquella temporada con especialidad la marina musulmana habia ido tomando un auge muy reparable, y la dársena (*dársena*) de Tunez, en 736, era una de las mas formidables en todo el ámbito del Mediterráneo. La antigua Cartago, tras su esterminio de 647, no contenia mas que tal cual pescador, cuya choza de madera asomaba entre los escombros de sus alcázares derribados; y habiendo quedado desamparada con la nueva ciudad musulmana edificada á pocas millas de su recinto, ha seguido sumiéndose mas y mas en sus ruinas, las que agolpándose unas sobre otras, apenas muestran hoy el solar de la competidora de Roma, la ciudad de Dido y de Anibal. Desde 720 tomaron tal auge las fuerzas navales, que requirieron un emir particular llamado *emir-al-ma* (emir del agua) (1), cargo de suma entidad entre los empleados musulmanes. Aun antes de la época que referimos, habia descollado aquella marina

asomante en los paises cristianos del giro del Mediterráneo. Varios barcos armados en curso habian aportado por Sicilia, Italia, Córcega, Cerdeña y hasta en las costas de Provenza, y refieren á 728 y 739 un desembarco de sarracenos en las islas Lerines, del golfo de Cañes, á corta distancia de la antigua colonia focca de Antipolis (Antibes) (1). Poseian, pues, los musulmanes, en 737, naves en número suficiente para el transporte de un cuerpo considerable de tropa de las costas de Africa hasta mas allá del cabo de Creus, y desde allí se arrojaron á subir agua arriba por el brazo que comunica el Aude con el mar y es navegable.

Omar ben Khaled (2) era el comandante de las fuerzas considerables enviadas en auxilio de Narbona; y llegado á la embocadura del rio, á la entrada del Stagno Rubreso, se encontró con la orilla encrespada con estacas y atrincheramientos cortos y circulares, en forma de cabeza de carnero, dice un historiador, que habia dispuesto Carlos para atajar toda comunicacion con la plaza sitiada. Ejecutó el desembarco sobre la costa junto al cabo de la Franqui, llamado así por los árabes, y acampó en el valle de Corbaria, en el sitio señalado en el itinerario de Antonino bajo el nombre de *Ad Vigésimum*, y por la margen del riachuelo llamado el Berre. Carlos, dejando parte de su ejército delante de Narbona, salió al encuentro de los árabes y los alcanzó en el mismo desembarcadero. Fué la refriega repentina y desahogada, y peleando personalmente rajó de un hachazo la cabeza al general musulman. Derrotados los árabes y arrollados sobre el estanque inmediato, vinieron á fenecer allí casi todos á los flechazos de los francos, ó ahogándose al forcegear por salvarse en sus bajeles. Saqueó Carlos el campamento y algunos barcos de los árabes, y vuelto ya triunfante á Narbona, estrechó el sitio, tratando de tomarla con un golpe de mano denodado. Mas la plaza, aunque muy quebrantada con tan dilatado sitio y defendida por una guarnicion escasa, se mantuvo con teson y burló todo el empeño y la constancia del duque victorioso. Despechado con resistencia tan porfiada, y temeroso de no poder contrastarla en largo tiempo, llamado ademas á Neus-

Antones, como dice el Píndaro francés Rolland, hablando de unas campañas, los griegos recordados de queas, nada dejaron mas que el nombre.

(1) Acompañó al desembarco, segun tradicion cristiana, el saqueo de la abadía de una de aquellas islas afamadas, bajo Luis XIV, con la prision de la Máscara de Hierro. La mayor es la llamada de Santa Margarita; la otra (San Honorato) no llega á tener media legua de giro.

(2) Es el Amor de los cronistas cristianos.

(1) *Al-mir-al-ma*, de donde procede nuestra voz *Almirante*.

tria por intereses mas trascendentales, á pesar de su victoria reciente, se encaminó Cárlos hácia sus estados. Al regreso, el duque y sus bárbaros se fueron vengando por las poblaciones apacibles de la resistencia de Narbona, y se ensangrentaron con ejecuciones militares en los pueblos principales de la Septimania. Beziers, Agda, Magalona se redujeron á escombros; arrasó las murallas de Nimes é incendió su anfiteatro. Nada padecieron ni los grandiosos sillares ni las argamasas romanas, y tan solo las puertas se quebrantaron ó consumieron. «Aun se están viendo, dice M. Agustin Thierry, por las bóvedas de sus corredores inmensos y por todos sus arcos, los surcos denegridos que ha ido delineando la llamarada corriéndose por las losas que no pudo desencajar ni disolver (1).» Mostrábase así el duque de Austrasia mas irracional con los cristianos que ninguno de los caudillos musulmanes que habian invadido el pais; y así es que el recuerdo y el encono contra Cárlos Martel ha seguido viviendo por mas tiempo en Septimania que la memoria y ojeriza de la invasion sarracena. Mas adelante, hecha ya Nimes absolutamente francesa, despues de mediar mas de nueve siglos, abrigaban los patriotas nimeses aquel ahínco vehemente en sus pechos, y un libro publicado en el siglo XVI sobre las antigüedades de Nimes (2) lo está demostrando en términos curiosos. No muestra tanta saña el autor anticuado contra los sarracenos.

«El mismo Cárlos Martel lo reconquistó allá todo, dice aquel autor, siguiendo á punta de espada hasta Narbona á Autimes (por lo visto Otman) rey sarraceno, vencióndolo y recobrando á Arles, Aviñon, Nimes, Mompeller, llamada Sustancion entonces, Beziers y Agda; quemándolo y abrasándolo todo hasta los cimientos... Hasta esta suntuosa, antigua y estensa ciudad de Nimes quedó en el suelo y padeció por cuarta vez este quebrantó y ruina lastimosa, de la cual nada acertaré á decir sino lo del Mantuano:

*Quis cladem illius noctis, quis funera fando
Explicit aut possit lacrymis, æquare labores?*

«Entonces, como dice el Pindaro francés Ronsard, hablando de ruina semejante, los griegos recargados de presa, nada dejaron mas que el nom-

bre donde estuvo allá Troya; se está viendo este recinto grandioso de muros altaneros, esos templos, esos teatros, termas, baños, basilicas, fuentes, arcos triunfales, estadios, circo, acueductos, mausoleos, estatuas, trofeos y otras grandezas y monumentos ó romanos ó nimeses, volcados, desmoronados ó abrasados; y cuantos habian agolpado nuestros progenitores en tantos años, en testimonio de grandiosidad para los sucesores, todo yace destruido á manos de aquel tirano bárbaro, cruel é incendiario, en términos que quien se habia ausentado para Roma ú otra parte por encargo especial durante algun tiempo, podia ver en la misma Nimes aquella grandiosa y magnífica ciudad de Nimes, y en vez de ella y en su propio solar no veria mas que

«Campos ubi Troja fuit.»

Quedó sin embargo la Septimania mas bien destruida que avasallada, dice el autor de la historia de Langüedoque, y devuelta á los árabes casi desde la partida de Cárlos, y aun utilizaron aquel desvio para restablecerse allende el Ródano; revalidaron su alianza antigua con los señores provenzales, recobrando cuantos puntos les habia ido quitando Cárlos, como Arlés, Tarascon, Aviñon y Viena, é internándose de nuevo con sus correrias hasta el Lionés; pues reapareció Mauroncio y fué el alma de la nueva liga en odio de los austrasios.

Enterado Cárlos de cuanto pasaba y despachado de sus negocios, acudió tambien por su parte á las orillas del Ródano. Conceptuó por esta vez necesitar un cuerpo de Lombardos auxiliares para ir despejando de árabes las posiciones del Delfinado, Provenza y sierras de Nicea, donde se habian encastillado; y fué arrollando, como en la campaña anterior, cuantas plazas habian dominado los enemigos. Rechazó á Mauroncio hasta las playas de Marsella, reduciéndole luego á enriscarse por los peñascos de la costa brava. Tuvieron los árabes que despasar el Ródano y toda su márgen izquierda, quedando en manos de los francos hasta las bocas del mismo rio; mas no consta por qué motivo no trató ya Cárlos de volver á la Septimania. Conceptuó tal vez muy árdua su conquista, y tuvo por mas acertado el arraigar duraderamente sus leudes en la parte de la Galia meridional que acababa de avasallar.

Ya no asomaron los musulmanes desde entonces allende el Ródano, y tan solo conservaron aquella faja larga y angosta de tierra que corre desde el Ródano hasta el cabo de Creus, poseida anteriormente por los godos.

(1) Cartas sobre la Historia de Francia.

(2) Discurso historial sobre la antigua y esclarecida ciudad de Nimes, por Poldo de Albenas, Lion, 1537.